

Ciudad

No le digas, Ciudad, que volví a buscarles
cuando ya se han ido.

No me recuerdes, Ciudad, que me marché sin ellos.

Que dejé Colombia, Siria, Nigeria, Palestina, Senegal.

Que crucé el Magreb, doblé las fronteras de Afganistán,
atravesé el océano Atlántico, el mar Mediterráneo,
el desierto del Sáhara, Ceuta, Melilla, Gibraltar.

No le digas, Ciudad, que encontré desnudo el lecho que un día compartimos.

Que hallé tu cuna vacía,

tu taza de jengibre hace tiempo derramada,

el baúl de los cuentos que me leías de niña, de niño,

cuando éramos chicos.

No le digas

que levantaron un muro en ese rincón donde charlábamos,

y que una sombra fría cubre la ceiba que plantaste.

No me recuerdes, Ciudad, que intenté llevarles conmigo
(traerles conmigo),

como si fuera posible

cruzar el mundo a nado.

Y ahora, ¿dónde están?

No le digas, Ciudad, lo que he añorado tu luz adjetiva,

el aire que cruza ventanas sin fronteras,

las piernas desnudas, las calles habitadas,

las casas ajenas, las visitas inesperadas,

la yuca en la mesa, los plátanos fritos, el mate compartido,

tu charla en el autobús, en la plaza,

en aquella esquina donde solíamos cruzarnos.

No me recuerdes, Ciudad, que nos persiguieron por el color de tu pelo,
esa nariz pequeña, mi piel más clara, más oscura, distinta.

Por tu origen mestizo, sus raíces indígenas, el pasado criollo.

Por sentirnos budistas, musulmanes, católicas, hinduistas, protestantes.

Por practicar tu religión, por negarme a practicarla.

Por ser mujer, por querer a otra mujer, por no querer
al hombre que me asignaron.

Por ser hombre y querer a otro hombre.

Por hablar del pueblo, con el pueblo, por defenderlo en la calle.

Por querer elegir a quienes mandan.

Por haber nacido al otro lado de una raya,
dibujada en esta cuadrícula que fue el mundo.

No le digas, Ciudad, que busqué los colores de tus estaciones ciertas,
las pisadas sobre blanco,

las hojas verdes, marrones cuando las roba el viento,
el amarillo.

Y encontré inviernos que no alivian mantas ni abrigos.

No le digas, Ciudad, que les añoro.

Cuéntales, que aún tengo, un corazón que late,
que vuelve en versos los escombros,
como quien iza banderas blancas.

Cuéntales que al final del camino, alguien me abrió la puerta
y me miró a los ojos.

Que escuchó mi historia sin ponerla en duda.

Que me ofreció un mapa, y me enseñó el rincón
dónde no pega el viento.

Cuéntales, Ciudad, que hoy tenemos un pacto
sin papeles ni promesas.

Sin cancelas, ni patrullas, ni drones
ni visados, ni metralas, ni batallas.

Sin inversiones, sin invasiones.
Sin muros, sin malos tratos, sin convenciones.

Sobre esta tierra, en esta Ciudad nueva.
Desde Bilbao, desde Gasteiz,
con los otros y con nosotras,
Y con todos ustedes.

R.C.S.